

PALABRAS DE APERTURA DEL AÑO SANTO JUBILAR

Catedral de La Habana, 25 de diciembre de 1999

A todos los sacerdotes, religiosos, religiosas, diáconos y fieles laicos de esta querida arquidiócesis de La Habana.

Queridos hermanos y hermanas:

Cuando la Iglesia, llena de júbilo, celebra el nacimiento de Jesucristo, Nuestro Dios y Señor, iniciando en este día solemne el Año Santo Jubilar, para festejar los 2.000 años de la venida al mundo de nuestro Redentor, tengo la honda alegría de anunciarles que, en nuestra Arquidiócesis de La Habana, el Año Santo estará especialmente consagrado a honrar a Jesucristo presente en el Santísimo Sacramento del altar.

Será un tiempo de gracia para renovar nuestras parroquias y todas nuestras comunidades, que harán de todo este año una gran jornada de preparación para la realización del Congreso Eucarístico que se celebrará en la ciudad de La Habana los días 8, 9 y 10 de diciembre del año 2000. Este Congreso será un momento cumbre de la conmemoración del bimilenario del nacimiento de Jesús el Señor y proclamo ahora solemnemente su celebración con emoción y esperanza. Acogemos así un especial deseo del Papa Juan Pablo II para este año jubilar. Al celebrar el misterio de nuestra fe, cuando el pan se convierte en el cuerpo de Cristo y el vino en su sangre, adorando a Jesucristo presente en este augusto sacramento, conmemoraremos del mejor modo posible los 2.000 años de su nacimiento.

En su presencia eucarística, Jesús cumple hoy para nosotros la promesa que hizo a los apóstoles: *«Yo estaré con ustedes siempre hasta el fin del mundo»*. Este será el lema inspirador de nuestro Congreso, porque de hecho el Cristo que nació hace casi 2000 años en Belén se ha quedado definitivamente con nosotros: es el Cristo vivo de nuestra mesa de comunión y de nuestros sagrarios.

A la Virgen Inmaculada, en cuyo seno se hizo carne la Palabra eterna de Dios, encomiendo la celebración del Congreso Eucarístico de La Habana, que se iniciará precisamente en la solemnidad de la Inmaculada Concepción de María, el 8 de diciembre del próximo año 2000.

Que Ella, la Virgen Purísima, perfecta acogedora del Verbo que se hizo carne en su seno bendito, los anime a todos, queridos hijos, sacerdotes, diáconos, religiosos, religiosas y fieles laicos, a acoger con gozo y devoción la celebración de este Congreso que llenará a la Iglesia de vida nueva. Así lo suplico a María Santísima, mientras imploro de Dios, para todos, su bendición en esta Navidad y en el año nuevo ya próximo.